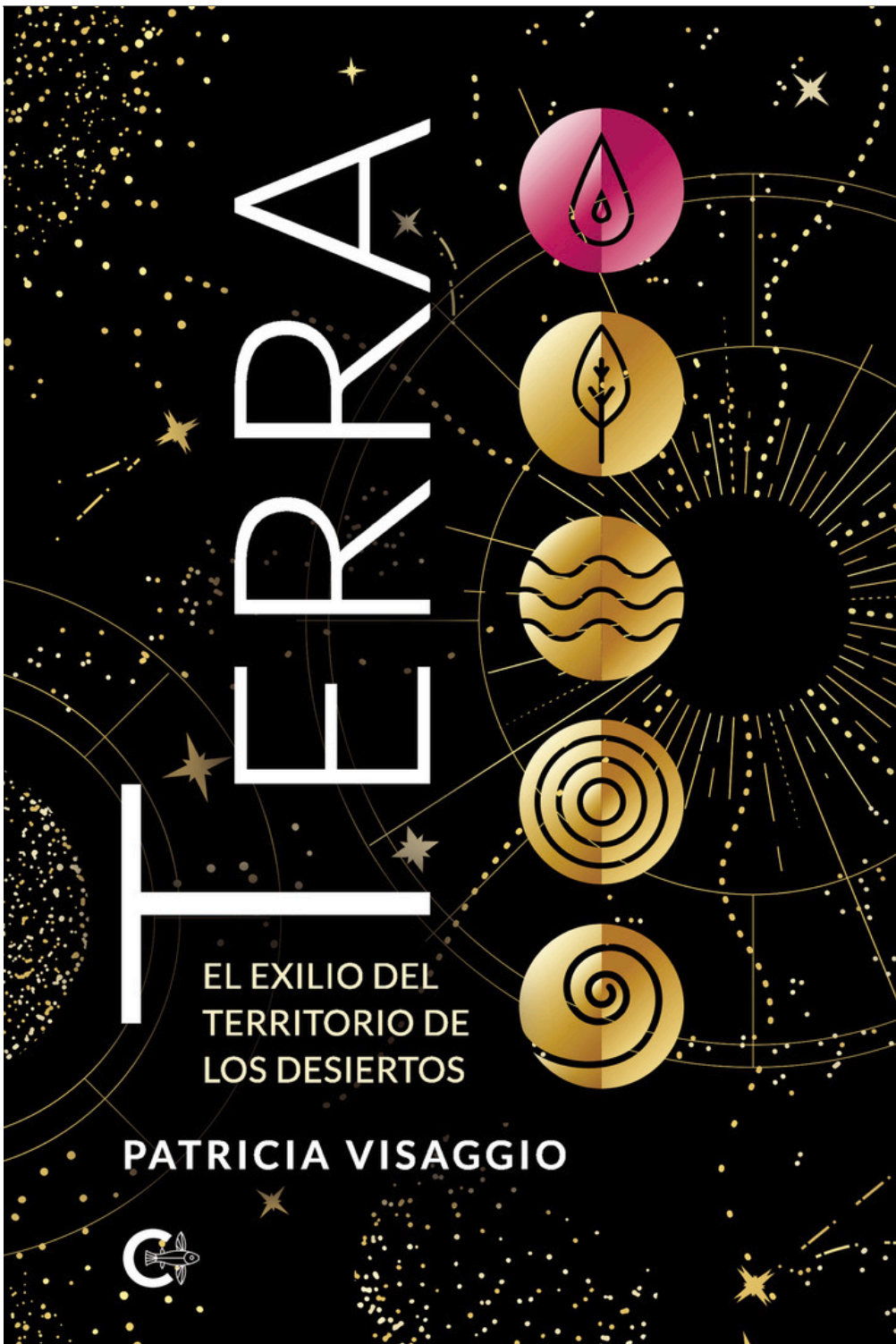


TERRA

EL EXILIO DEL
TERRITORIO DE
LOS DESIERTOS

PATRICIA VISAGGIO



Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

PRIMERA PARTE

—Me pertenecerá su cuerpo al comienzo y al final de su existencia. La mente de la criatura será de su exclusiva propiedad. Hagan según deban con el resto de ella —exigió Argus Ferri a los miembros del Consejo Supremo.

Otro simple soldado

—No recuerdo haber deseado el mal a nadie, pero con ella mi más sincero deseo es verla morir —dijo Argus Ferri a viva voz, aunque se encontraba a solas—. El día es perfecto para despedirse de las profundidades y revivir.

La ejecución de Z no era merecida, pero así lo había decidido él, que no era su padre, pero ella había sido su creación, o al menos así le gustaba verlo.

Sus dedos se ajustaron al pasamanos de la barandilla del laboratorio experimental y las venas se dejaron ver sobre el puño como un ramillete atado en la muñeca angosta. El pensamiento posterior no atravesó por su garganta.

«En el nuevo mundo una buena parte de los habitantes morían mucho antes de su hora y otros eran bastante más longevos de lo dictado por la naturaleza. Así había sido el orden de las cosas desde la fundación de los cuatro territorios habitados en las profundidades del planeta, jamás se había descompasado el prolijo oscilar del péndulo de la vida, hasta ese mismo día».

La punta de su pie repicó rítmica marcando los segundos de espera. No tenía dudas, la vida podía trascender el tiempo y ella, su legado, también lo haría aún después de su ejecución.

No había contradicción, pero le temblaba el pulso; tomó asiento y recostó el brazo sobre su pierna.

La galería superior otorgaba una visión privilegiada del laboratorio y la iluminación, orientada verticalmente en ambos sentidos, confluía histriónica dando efecto teatral a los hechos que estaban a punto de precipitarse dentro.

En minutos Z cruzaría hacia el interior, no correría a abrazarla ni lloraría por ella; jamás habría permitido que viesen su debilidad.

—Mi debilidad —susurró— y mi orgullo.

La vacuidad se presentó insoluble con la capacidad de traspasar cuerpos y muros. ¿Estaba preparada para partir?

—¿Es esta tu voluntad? —le preguntó la voz ruin en su cabeza.

—¿Mi voluntad? ¿Acaso no soy otro simple soldado?

—¿La dejarás morir?

—Es hora.

—¿Y la dejarás ir sin la verdad?

—Algún otro día lo sabrá.

La apertura de las puertas interrumpió el diálogo con su *alter ego*.

El primer regente Rosson, la mayor autoridad conocida en el nuevo mundo después del Consejo Supremo, hizo su entrada con los labios apisonados y las ojeras azuladas en combinación cromática con su vestimenta. Argus no se puso de pie ni pensó hacerlo.

Detrás le siguieron los testigos, alfiles que él mismo había ubicado en el tablero de juego, todos ellos sabiendo que Argus observaba desde la galería superior, pero ninguno atreviéndose a volverse hacia él.

Restaba esperar el ingreso de Z, cual fantasma del presente en sus últimos minutos. En cambio, su silueta menuda llegó firme, como si dos fuerzas antagónicas tiraran de ella de la cabeza y

de los pies, subió al púlpito sin que nadie se lo indicase y posó su mirada en el centinela Silas Bonyana, un goliath cuya sombra podía ocultar la figura de dos o más hombres.

«Hasta el organismo más pequeño, más desprovisto de conciencia, era incapaz de ceder a su instinto de conservación —se dijo Argus—. Pero Z, sin un ápice de servilismo, ni siquiera se resiste».

En el momento de darle su nombre, la nodriza asignada a la niña le había devuelto a Argus una expresión ausente, perdida en la interrogante de aquella elección. Z no era un nombre, no era más que una inicial, y por ello nada apropiado para una criatura. Para él, en cambio, todo tenía significado. Z era el comienzo al final de todo, la espiral que une aquello que fue a lo que será porque así era como actuaba la naturaleza, como el universo proseguía en su evolución. No podía existir comienzo alguno sin antes haber llegado al final, una y otra vez, y sin poder detenerse jamás.

La verdad era que el nombre había sido sacado de una etiqueta, embrión Z era como el rótulo se leía, pero recién ahora era que Argus lo recordaba así. Y luego de verla nacer había ordenado que su cabeza fuese afeitada cada semana, ni un rastro de su identidad debía quedar, tampoco dejaría rastro de su amor hacia ella. «No hay nada que perder».

Rosson se aclaró la garganta y Argus sintió el pecho comprimido.

—La muerte se paga con muerte —dijo el primer regente—. Se ha de cumplir la ley.

En su último instante, Z alzó la mirada hacia él y pareció sonreír. Argus inspeccionó el rostro con la sabiduría del creador y supo aquello que ella estaba pensando, aquello que repetía en su cabeza una y otra vez sin cesar: libertad.

Z cayó de lado como quien se desvanece por un simple vahído, extinguiendo así el brillo soberbio de sus ojos, esos que durante

más de dos décadas habían destellado la misma pureza que irradiaría el sol el día que pudiera volver a verse sobre la faz del planeta.

Así se apartaba su cuerpo de lo mundano, igual que cualquier otro habitante al perder su relación con el sistema, el cerebro se apagaba y el corazón se detenía. La desconexión se había cumplido a la hora designada.

El corazón de Argus Ferri se congeló por dentro y por fuera, y recordó la primera vez que había escuchado la voz de la niña. El tiempo era arena en la palma de su mano y con un soplido esparció los recuerdos de los pasados veintidós años, un período efímero comparado con el tiempo que ella había esperado para nacer.

El primer regente Rosson arqueó el torso y Argus lo interpretó como una reverencia. Triste que así fuese, no había victoria en perder.

Los integrantes de su equipo se miraron entre sí, pero ninguno de ellos encontró algo que decir. Se encaminaron a una sala contigua sin romper fila. Se habían llevado a Z, se lo habían llevado todo.

«Su cuerpo me pertenecerá al comienzo y al final de su existencia», había exigido al Consejo Supremo.

Días antes del inicio de la gestación activa del embrión Z, los diez miembros del Consejo escucharon el sinsentido que demandaba propiedad sobre una vida sin nacer. Prosiguió a continuación una discusión desordenada. Ferri desoyó el murmullo creciente entre los diez líderes de los cuatro territorios habitados, los hombres y mujeres provenientes de Hábitat Ignis que decidían el destino de ese y los otros tres hábitats con marcado interés por conservar la supremacía del propio.

Las condiciones impuestas por él, un hombre que se sentía cómodo caminando en las tinieblas de la imposibilidad, tanto así que les había planteado la absurdidad de no tener propiedad

alguna sobre la criatura, su cuerpo para él y su mente para ella, fueron aceptadas. Por ese motivo, el cuerpo de Z ahora le pertenecía por ley y la ley era cumplida al pie de la letra en cada uno de los territorios.

El centinela aguardó con paciencia hasta que ya nadie quedó en el recinto, excepto él, Argus Ferri y el cuerpo inanimado de Z.

Con la señal de Argus, un único parpadeo, Silas alzó a la joven en brazos y se encaminó hacia la salida.

Justo antes de que la figura de Z quedase oculta tras los hombros del centinela, Argus se estremeció. ¿Por qué ahora veía a la niña y no a la mujer?

—¿Es este el final? —le preguntó la voz maliciosa en su cabeza.

—El final de algo siempre es el comienzo de algo más.

—¿Qué más?

—La revolución.

Aerus

Iwan Dewar abandonó la plataforma del transporte subterráneo que lo había llevado hasta la extensión Aerus, y ni bien ingresó al corredor contiguo cubrió la parte baja de su rostro con el abrigo de cuello alto. Las mejillas tensas y los ojos aguzados daban a su mirada un aspecto implacable, aunque no escondía hostilidad alguna.

—¿Retrasados? ¿Cuánto? —preguntó al hombre que venía a su encuentro. Semejante expresión no podía tener otra explicación que estar perdiendo la fecha límite.

—Muy retrasados —dijo Falco Katsaros, quien llevaba el rostro y manos teñidos de un polvillo blanco que se extendía al traje de trabajo con su figura aún fornida, aunque de aspecto torpe, quizás acrecentado con la edad—. Detectamos una grieta en el nivel bajo y al día siguiente se había extendido más de lo esperado. El escáner reveló que se trataba de una formación de agua y decidimos liberar el área.

Iwan bajó el cuello de su abrigo.

—Cuando dices liberar, ¿te refieres a que barrieron la superficie?

—Tuvimos que abrirla por completo. La capa de terreno era muy fina, alguien iba a terminar dentro de no hacerlo.

Iwan se mostró disconforme.

—¿Por qué no cercaron el perímetro? Cada minuto cuenta.

—Habría sido la mejor opción, pero un grave error al mismo tiempo —dijo Falco haciendo una breve pausa, y luego agregó complacido—: El agua es potable. Y gratis.

Iwan sonrió.

—Agua gratis es mucho más de lo que se me habría ocurrido pedir.

—A todos nosotros, fue un buen presentimiento. La mala noticia es que no vamos a poder completar el cargamento.

—Podemos hacer turnos dobles, ya encontraremos la forma de terminar a tiempo.

—No, Iwan. Todo el asunto del estanque tomó dos días.

Iwan desaceleró la marcha.

—¿Detuvieron el trabajo por dos días?

—A medias. Digamos que perdimos un día.

Iwan lo observó inexpresivo y retomó su andar.

—¿Cómo fue la visita a tu madre? —preguntó Falco.

—Conmovedora.

—Entonces, deberías ir a Aqua más seguido.

Iwan resopló.

—Admiro tu inocencia. Todo este tema de la visita de urgencia no fue un asunto de madre e hijo; se trató de un anuncio, ella se unirá al regente de Hábitat Aqua este fin de año.

—¿Otra unión? Creí que se daba por vencida con el último. Es admirable, tres veces viuda y sin ánimo de flaquear. Imagino que conserva su belleza.

—Ciertamente, el tiempo corre lento para mi madre.

—Entonces, ¿tomarás parte en la ceremonia?

—No, terminamos mal, jamás dejaré de insistir en que abandone Ventus.

—Quiere lo que toda madre querría.

Iwan se encogió de hombros.

—Haremos turnos dobles sin excepción —dijo Iwan—. Lo bueno es que contamos con una persona más que podría ayudar.

—¿Trajiste a alguien contigo? —La pregunta sonó tan cruda como la intención—. ¿No es tu familia lo suficientemente grande?

Iwan contuvo la respiración, evaluó al hombre frente a él y alzó la barbilla. El reclamo había salido de la boca de Falco con tal superficialidad que parecía formar parte de un *déjà vu* con su madre.

—No es una colección mi negocio.

Falco no replicó, pero él entendió. Esos gestos restaban virtud a hombres como Falco y a mujeres como su madre, nada que lo pudiese afectar.

—Lo hecho, hecho está —sentenció—. Ocupémonos de lo que no e intentemos terminar el trabajo antes de la fecha límite. Cada minuto representa créditos perdidos, todos necesitamos este cargamento completo.

Y a Iwan, que estaba a unos ochocientos días de su trigésimo aniversario, y velaba por el recuento de la familia natural y extendida en que se habían convertido los Dewar, sí que le podía quitar mucho más que el sueño el hecho de perder esa retribución.

Sin desacelerar el paso, saludó al reducido grupo de hombres y mujeres que trabajaba en la extracción de la piedra, todos cubiertos de polvo al igual que Falco, desde lejos cada par de ojos brillaban como diamantes lustrados en la oscuridad.

—Hay otro asunto —dijo Falco, y la actividad a sus espaldas cesó.

Iwan volteó hacia él intuyendo que el silencio a su alrededor era el prelude de un problema.

—Capturamos a un intruso. La alarma se activó en las escaleras externas del lado oeste y el circuito cerrado confirmó que se trataba de un soldado.

—¿Desde la superficie? ¿Un único soldado? Se mueven en grupos no menores a diez, tiene que haber más de ellos en las cercanías.

—La cueva de acceso no mostró ningún otro movimiento, lo estuvimos monitoreando, el sensor no volvió a activarse. Llegó hasta aquí solo.

—¿Qué explicación dio él?

—Ninguna.

—¿Se negó a hablar?

Falco meneó la cabeza y dijo con firmeza:

—No tuve opción.

—¿Opción de qué?

—Decidí que lo mejor era dejarlo encerrado. —Falco hizo una pausa en la que ambos hombres se inspeccionaron mutuamente y al cabo de unos segundos agregó—: Hasta que muera.

Iwan presionó los dientes.

—¿Nos harás cargar con una muerte?

—Nadie lo sabrá.

Iwan cruzó ambos brazos por encima de la cabeza.

—¡Nosotros lo sabremos! ¿Dónde se encuentra?

Falco guardó silencio, Iwan desvió la mirada hacia las personas que ya se habían aproximado a ellos y exigió una respuesta.

—¿Dónde está el soldado?

—En la sala contigua al acceso oeste —dijo uno de los jóvenes.

Iwan se precipitó en carrera hacia la dirección indicada escuchando la voz de Falco a sus espaldas queriendo impedir su avance.

—Fue hace tres días, nadie fue por él. ¡No está con vida!

Iwan volteó con los ojos encendidos y un gruñido enfurecido obligó a Falco y quienes venían detrás a retroceder.

Se abalanzó sobre el panel de la sala, pero la puerta no abrió.

—Abre la puerta —exigió.

—¡No! Ya es tarde para eso —respondió Falco.

—Nosotros no dejamos que las personas pierdan sus vidas, menos quitárselas.

—Esta vez es diferente y vamos a tomar el riesgo. La decisión ya fue tomada.

—No decides por mí.

—No estabas aquí, hicimos lo necesario para proteger a nuestras familias, la tuya incluida.

—¡Abre la puerta! —ordenó Iwan.

Rostros perplejos era lo que veía, ninguno dispuesto a reaccionar.

—¿Aric? —dijo en dirección a un joven delgado como varilla y cuello tan largo que parecía ganar altura.

Aric se precipitó hacia al umbral y desbloqueó el panel ubicado a un lado.

Iwan se lanzó dentro de la sala y vio la silueta sentada en el suelo con la cabeza entre las rodillas y los brazos enlazados al frente.

—¿Soldado?

Z alzó la mirada y suspiró aliviada.

Había creído que esta vez sí moriría de verdad.

Post mortem

1

La inteligencia sintética, de nombre DOM, saludó a CAP, el control de autopiloto, un diseño ajeno a su ecosistema neuronal, y CAP correspondió la cortesía como su programación indicaba.

A continuación, DOM le preguntó si sabía guardar un secreto y CAP respondió negativamente, no había sido diseñado para tal fin, entonces la inteligencia sintética no tuvo más opción que intervenir.

Fijó una trayectoria con una única parada sobre el mar ubicado en uno de los límites del Territorio de los Desiertos, allí donde los fallecidos en Hábitat Ignis eran arrojados. A su vez, creó una segunda trayectoria fantasma por la misma distancia, pero en sentido contrario, y dejó instrucciones para que CAP hablara en su nombre. La frecuencia por la cual DOM establecía contacto con la mente humana se perdía fuera de los hábitats subterráneos.

El vehículo gravitacional se desplazó rasante sobre la superficie terrestre llevando a Silas Bonyana y el cuerpo de la recientemente

ejecutada Z hasta abandonar el Territorio de los Desiertos e ingresar en el Territorio de los Aires.

Por ley, el cuerpo de la joven pertenecía al doctor Argus Ferri al comienzo y al final de su vida, lo cual significaba que tenía derecho a hacer con ella lo que quisiera sin importar el territorio, el hábitat o la forma de eliminar el cadáver. Empero, no era un cadáver el que viajaba junto al centinela.

Silas Bonyana se decía a sí mismo que más que un hombre era una sombra y una tan silenciosa que su memoria infalible almacenaba los secretos de los habitantes más poderosos, tesoro usado a discreción hasta para hacer pasar un vivo por muerto. Más allá de aquello, era un hombre agradecido, tan agradecido que haría por Argus Ferri lo indecible.

Y ya lo había hecho.

Desvió la mirada hacia un talego preparado el día anterior y dudó. ¿Serían suficientes las provisiones? Justo hecho del cual arrepentirse cuando la salida estaba ya consumada.

Un sonido de bip devolvió su atención al camino. CAP le indicó que estaban a punto de llegar a destino. Silas observó desconcertado el paisaje circundante sin resistirse al embate abrumador de la nada misma.

El autopiloto anunció que comenzaba el descenso. Ya habían dejado atrás el Territorio de los Desiertos y sus descoloridas rocas sedimentarias y entrado en el Territorio de los Aires con su superficie de cobres y negros donde las espesas tormentas de arena eran reemplazadas por niebla condensada. El horizonte no existía en aquella tierra de vientos polvorientos y ráfagas de anómala solidez, no por lo menos en ese sitio.

Tras pasar una colina baja, el vehículo gravitacional aterrizó según las coordenadas prefijadas y se detuvo en el paraje marcado por DOM.